

29 de diciembre de 2024 - Fiesta de la Sagrada Familia

[1 Sam 1,20...28; 1 Jn 3,1...24; Lc 2,41-52](#)

Homilía

Dado que hoy celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, resulta tentador buscar enseñanzas sobre la vida familiar de Jesús, María y José en este relato de la fuga de Jesús del Templo cuando subía a Jerusalén con sus padres para la Pascua, a la edad de doce años. Pero, al hacerlo, estaríamos introduciendo en esta hermosa narración preocupaciones que, sin duda, no eran las de Lucas. Como hemos visto en más de una ocasión, los dos primeros capítulos del Evangelio de Lucas utilizan un lenguaje altamente simbólico y teológico. Lucas no pretende informarnos sobre la infancia de Jesús, de la que probablemente sabe muy poco. En cambio, anuncia los temas principales de su Evangelio, que comienza con el bautismo de Jesús en el Jordán por su primo Juan el Bautista.

En los dos capítulos introductorios, que son de hecho una introducción a sus dos libros (su Evangelio y los Hechos de los Apóstoles), Lucas lleva a Jesús dos veces al Templo de Jerusalén con sus padres. Cada vez, Jesús vuelve a Nazaret, donde sigue creciendo en edad y sabiduría, ante Dios y ante los hombres. Lucas no relata nada sobre su vida en Nazaret, salvo que era sumiso a sus padres.

Estas dos subidas de Jesús al Templo de Jerusalén preparan ya la gran subida definitiva a Jerusalén al final de su vida (Lucas 19, 45ss). Hay muchos elementos comunes a estas tres «subidas». Cada vez, la gente acude al Templo por respeto a una prescripción de la Ley. La primera vez es para la presentación del recién nacido, y las otras dos para la celebración anual de la Pascua. En cada ocasión, hay palabras que provocan asombro. En la presentación, «el padre y la madre del niño se **asombraron** de lo que [Simeón] decía de él»; en la segunda ascensión, todos los que oyeron al joven Jesús discutir con los doctores de la ley se **asombraron** y sus padres no entendieron su respuesta cuando les dijo que debía estar en las cosas de su Padre; finalmente, en la última predicación de Jesús en el Templo, nadie le entendió cuando anunció la destrucción del Templo. Los **tres días** durante los cuales María y José buscan a Jesús prefiguran simbólicamente **los tres días en el sepulcro**. María no entendió, como tampoco entenderá al pie de la cruz, pero guardó todo en su corazón, incluido el anuncio hecho por Simeón durante la primera subida al Templo.

Estos relatos no tratan sólo de Jesús, sino de su familia. La **familia** es un lugar de paso. Es a través de la familia como entramos por

primera vez en el mundo, del que un día debemos salir para ocupar nuestro propio lugar en la sociedad. Del mismo modo, la pertenencia a un pueblo o a una nación debe ser una introducción a la gran familia humana, en lugar de conducir a un nacionalismo estrecho y ciego, como ocurre a menudo. Los momentos de **ruptura** son necesarios para crecer, del mismo modo que salir del vientre materno es necesario para nacer.

El relato evangélico de hoy describe algunas de estas **rupturas** y anuncia otras más radicales. Jesús, que había acudido por primera vez al Templo como un niño pequeño, reaparece esta vez en actitud de autoridad, a pesar de ser todavía un joven de doce años. Muestra su inteligencia ante los doctores de la Ley, y ya se vislumbra la lucha a muerte que esos mismos doctores librarán contra él cuando empiecen a verle como una amenaza. ¿Y por qué será una amenaza para ellos? - Sencillamente porque todo lo que enseñe sobre su «Padre» trastornará sus enseñanzas sobre Dios y dejará obsoleto su mundo «religioso». La lucha hasta el final ya ha comenzado.

Jesús será el perdedor en esta lucha, porque será condenado a muerte. Un perdedor, pero **sólo en apariencia**; porque habrá esos «**tres días**» ya anunciados simbólicamente en nuestra historia, al final de los cuales se cumplirá plenamente la respuesta de Jesús a María: «**Es a mi Padre a quien debo ir**».

Una vez que todos los personajes del drama están en su sitio, Lucas devuelve a Jesús a Nazaret con María y José, para una vida sin sobresaltos durante los veinte años siguientes, más o menos, durante los cuales «crecía en sabiduría, estatura y gracia ante los ojos de Dios y de los hombres».

¿No es éste el misterio, y a menudo la tragedia, de toda familia humana: ver a sus miembros separarse uno tras otro, viviendo cada uno su propio misterio y ocupando su lugar en la gran comunidad humana?

Armand VEILLEUX